

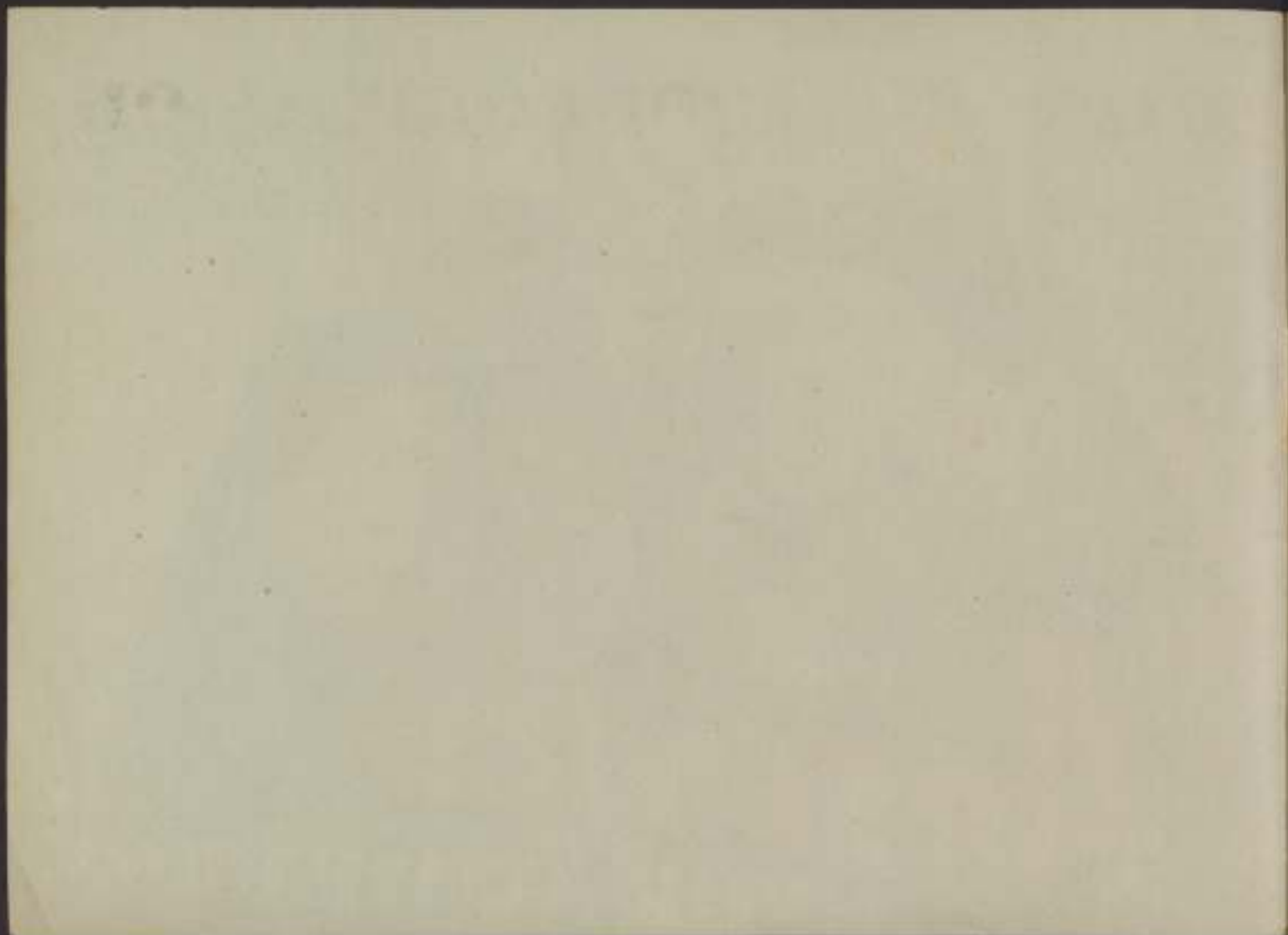


Cary Grant
Triscilla Lane

ARSENICO

POR COMPASIÓN





Arsénico por compasión

Sátira de las películas de terror. De la obra teatral de

JOSEPH KESSERLING

Guionistas

JULIUS J. y PHILLIP G. EPSTEIN

Productor y Director

FRANK CAPRA

Otro éxito de



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

REPARTO

Mortimer	CARY GRANT
Jonathan	Raymond Massey
O'Hara	Jack Carson
Dr. Einstein	Peter Lorre
Elena	Priscilla Lane
Abby	Josephine Hull
Martha	Jean Adair
Teddy	John Alexander
Reporter	Charles Lane
Brophy	Edward Mac Namara
Gibbs	Edward Mac Wade
Witherspoon	Edward Everett Horton

Prohibida la reproducción

ARSENICO POR COMPASION

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Si, iba a casarse. Mortimer Brewster, el mordaz combatidor del matrimonio, el que lanzaba contra los casados sus distribuidas más sutiles y punzantes, se iba a casar. Pero... ¿qué hacer ante los ojos asombrados de Elena, ante sus labios que se abrían en una oferta ingenua y apasionada, ante su cuerpo que prometería todas las delicias del Edén? ¿Qué hacer?

Mortimer Brewster iba a casarse... pero los reporteros que siempre azechan a la puerta de los Juzgados Municipales descubrieron su personalidad, iban ya a retratarle, hubieran lanzado contra él las enormes editoriales, echándole a la cara su pasada campaña antimatrimonial y su actual claudicación, y por este motivo, arrastrando a su novia de la mano, la sacó del Juzgado y la increpó vivamente en esta forma:

—«No puedo casarme contigo! Yo, el símbolo de los solterones, el que se ha burlado de todas las escenas amorosas de las novelas, el que ha escrito millones de palabras contra el matrimonio... ¿he sido pescado por una rubia ingenua... y además hija del pastor de mi Parroquia! Y tú estás ahí, hecha un pasmacote, con ese ridículo cacharro hincado en la solapa de tu chaqueta...

—«Eso que tú llamas cacharro es un broche que me han prestado tus tías... Ya sabes lo que dicen: "Hay que llevar algo prestado el día de la boda."—balbució Elena, turbada por aquella arremetida inesperada.

—... "algo prestado", "algo azul", "algo viejo", "algo nuevo"... Conarco todas esas monsergas... y el arroz que te arrojan como si fueras un pollo... y el viaje a las cataratas del Niágara, y todas las idioteces de las que me he burlado durante tantos años... ¡Y a esto he venido a parar! ¡No me casaré contigo por nada del mundo!

—«Si, Mortimer...—balbució Elena llorosa, envolviéndole en una mirada ingenua, apasionada, conmovedora.

—«¿Qué quieres decir con "Si, Mortimer"? ¿No vas a llorar? ¿No lo comprendes? El matrimonio es una supetición... una... ¡Oh!... Yo...

Ella abrazó fuertemente y le selló los labios con un largo beso llevándola a otro Juzgado Municipal donde pudieran casarlos sin reporteros gráficos a la vista. Si, Mortimer iba a casarse. ¿Qué hacer, si ante él estaba aquel encanto de mujer que se llamaba Elena?

Elena era vecina de las tías de Mortimer, dos señoras de pelo cano, infables como dos niñas, ingenuas, felices, buenas, que vivían en una casita deliciosa y alegre como la jaula de dos pájaros tropicales. Entre la casa de las señoras Brewster y la de Elena sólo había el diminuto cementerio de la Parroquia, que era como un jardín, como un remanso de paz en la turbulenta ciudad.

Aquella noche entraba en turno un guardián nuevo, y el viejo guardia le ponía en antecedentes de toda la vecindad a fin de que pudiera cumplir mejor con su deber:

—Esta es la casa de las señoras Brewster, gentes de muy buena posición, y no imagines que alquilan habitaciones por ese letrero que tienen en la puerta, no; puedo asegurarte que si alguien llama a esa puerta, jamás se marcha sin una buena comida y un par de dólares en el bolsillo. Sólo tienen la desgracia de tener con ellas a un sobrino que está loco: se cree ser Teodoro Roosevelt y siempre está dispuesto al asalto y a lanzar su toque de corneta como si dirigiera un ejército en campaña. Te aseguro que son dos santas mujeres.

En efecto, Abby y Martha eran como dos santas de otros tiempos. Vestían a la moda de su juventud, llenas de cintas, lazos, flores y plumas, charlaban como calandrias al despertar una mañana de abril y daban saltitos gozosos yendo de una pieza a otra de su casa sin perder el hilo de su parloteo de pájaros. Estas eran las deliciosas tías de Mortimer. Y éstas las que recibieron con grandes agasajos a Elena cuando entró como una tromba en su casa diciéndoles que acababa de casarse con Mortimer, el cual estaba hablando con el chofer del taxi que les había traído y que tenía que llevarlos a la estación, y que ella marchaba a su casa a decirselo a su padre y a preparar el equipaje.

Como había entrado en la casa salió a la calle de nuevo, donde Mortimer la estuvo persiguiendo para darle otro beso de aquellos tan largos y apasionados que hacían poner blanco al pobre chofer.

—Quiero que todo el harrio se entere de que nos hemos casado—le decía Mortimer.

—Pero tengo que ir a hacer el equipaje y a decirselo a papá...

—¿Cuánto tardarás?

—Ni un minuto. El equipaje lo tengo hecho desde el día en que te conocí...



Mortimer estaba hablando con el chofer del taxi...

—¡Miren la mosquita muerta! Voy a despedirme de las tías. Cuando estén albane desde la ventana. No olvidéis que el tren sale dentro de una hora.

* * *

Mortimer entró en casa de sus tías. Abby y Martha le abrazaron, le felicitaron, le rodearon de ternura y de bondades y se empeñaron en que comiera con ellas el pastel de boda.

—Pero tardaría mucho en hacerlo—arguyó Mortimer—. Y yo tengo un taxi en la puerta y he de salir hacia las Cataratas del Niágara dentro de una hora y he de encargarme más flores para Elena...



*—Quiero que todo el barrio se entere
de que nos hemos casado.*

—Todo está preparado, querido Mortimer. Tenemos hecho el pastel...

—Desde el día en que conocí a Elena—concluyó Mortimer—. ¡Oh, las mujeres, las benditas mujeres!

—Bueno, bueno, vamos a preparar el pastel y el vino para celebrarlo—dijeron las dos viejecitas dando saltitos y desapareciendo por la puerta que llevaba a la cocina.

Mortimer curioseó un poco por la habitación, se acercó a la ventana al pie de la cual había un gran arcón, miró hacia la casa de su amada esposa y luego, como inconscientemente, alzó la tapa del arcón y lanzó un grito ahogado de

espanto, volviéndolo a tapar en seguida y sentándose encima con una cara desencajada por el terror.

Llamó a sus hijas con angustia:

—Tengo que deciros algo terrible, queridas. Ya sabéis que hace tiempo quiero mandar al pobre Teddy al sanatorio del "Valle Fella". Pues bien, llamadle porque quiero llevarle ahora mismo...

—¿Ahora mismo? ¿Por qué?—preguntaron a coro aquellas dos inocentes criaturas.

—Porque Teddy ha matado a un hombre—confesó Mortimer en voz baja y trágica.

—¡Fosterías!—exclamó tía Martha, sonriendo beatíficamente.

—¿Pero si hay un cadáver en el arcón!—gritó Mortimer con los pelos de punta.

—Ya lo sabemos. Claro que está. Pero Teddy no tiene nada que ver con eso—afirmó tía Martha con una expresión de inequívoca beatitud.

—Mira, Mortimer, es mejor que olvides a ese caballero—aconsejó tía Abby.

—¿Olvidar? ¿Pero qué hace aquí? ¿Qué le ha sucedido?

—Ya lo ves... ¡se murió!—explicó tía Abby, como la cosa más natural del mundo.

—Pero los hombres no suelen meterse en un arcón para morir. ¿Por qué murió? ¿Cómo murió? Explicadme... decidme...—suplicó Mortimer, con los ojos desorbitados.

—Secillamente, porque bebió un vaso de vino envenenado. Ponemos el veneno en el vino, porque en él se nota demasiado... Es una mezcla deliciosa de arsénico, cicnuro y...

—¿Pero vale a decirme que vosotros le habéis envene-



...bebió un vaso de vino envenenado.

nao?—preguntó Mortimer, cada vez más asustado y fuera de sí—. ¿Sabéis lo que habéis hecho? ¿Os gustaría que el pastor viera en vuestra casa un cadáver?

—¡Oh, no, a la hora del té eso no está bien! Bueno, Mortimer, olvida todas esas tonterías... Creo que nosotras tenemos derecho a tener nuestras pequeñas diversiones... nuestros secretillos, ¿verdad, Abby?—dijo Martha.

—Claro que sí—afirmó Martha—. Pero lo que no me gusta, Abby, es ir al cine a ver esas horribles películas de miedo que ahora están de moda...

Volvieron a marcharse a la cocina a terminar el pastel y Mortimer marcó el número de la Policía:

—Oiga... Oiga... ¿Jefatura de Policía? ¿Oye usted mi voz? ¿Está seguro de que la oye?—preguntó insistentemente. Y ante la contestación afirmativa que le daban desde el otro lado del hilo, dió un hondo suspiro y dijo:— ¡Ah, entonces es que soy yo, y que estoy aquí! ¡Creí que me había vuelto loco!

Sallieron las tías de nuevo insistiendo en celebrar la boda, pero Mortimer sólo pensaba en el cadáver, en la responsabilidad, en el crimen, en lo que harían para ocultar aquel cuerpo encerrado en el arcón. Las tías lo solucionaron todo.

—¡Teddy está abajo, en la bodega, cavando una esclusa. Es decir, él cree que está en el Canal de Panamá abriendo esclusas... y cada esclusa es del tamaño exacto para que quepa el cuerpo de un hombre.

—¿Cada esclusa?... ¿Eh que?...

—Claro, hay once caballeros más enterrados abajo en la bodega. Son nuestros caballeros—dijo tía Martha con cierto orgullo en la voz—. Este completará la docena.

Mortimer no salía de su asombro. Aquello era inaudito. Las dos santas mujeres, reverenciadas por toda la ciudad, convertidas en asesinas. ¡Y con aquella pasmosa frialdad!

Dió vueltas por la habitación. No sabía si llamar a la policía, si enterrar el cadáver, si ir en busca de su esposa, si matarse él, o matar a las tías, o hacer volar la casa... ¡Qué sabía él lo que tenía que hacer en aquellos momentos! Y entretanto, Teddy subía y bajaba de la bodega, dando un toque estridente de "¡Caazaar... guen!", que le enervaba y le ponía los pelos de punta.

Y el taxi esperando en la puerta de la casa; y Elena silbando desde la ventana; y el tren que debía estar a punto de partir...

Se sentó y se cogió la cabeza entre las manos:

—Bueno, veamos, vamos por partes, ¿cómo matasteis al primero?—preguntó a sus tías.

—Como a todos. Con arsénico... y por compasión... Todos eran pobrecitos que no tenían familia ni hogar, que vivían muy solos en la vida... Y cuando sentados ahí, en esa misma silla que tú te sientas —(Mortimer pegó un brinco que por poco llega al techo)— se quedaban muertos... ¡tenían una cara tan apacible, tan dichosa! Somos felices proporcionando la paz eterna a pobres seres desvalidos. Y Teddy nos ayudaba abriendo esclusas en el Canal de Panamá. ¡Qué bueno es Teddy! Bueno, ahora vamos a co-

mer el pastel de boda... y a beber un traguito por tu felicidad...

—¡No—gritó Mortimer con espanto—. O, aseguro que no tengo píaca de apetito... ¡y mucho menos sed! ¿Decís que en el vino no se nota?

—No... no se nota. Todos nuestros caballeros tuvieron tiempo de decir: "¡Qué delicia!"

—¡Oh, esto es una pesadilla! Parecen dos jilgueros... es decir, tres, porque Teddy canta en la bodega como si realmente estuviera en Panamá.

Decidió ir el mismo en busca del director del Sanatorio de "El Valle Feliz" y recomendó mucho a sus tías que no dejaran entrar a nadie mientras él estuviera ausente.

Pero en su ausencia ocurrieron cosas terribles. Cuando ya las dos "angelicales" tías se habían vestido de luto para hacer el funeral del que estaba metido en el arcón, llegó un hombre extraño, mitad monstruo, acompañado por otro ser abyecto, pequeño y vil, de traicionera expresión en sus ojuelos rojizos.

—Soy vuestro sobrino Jonathan—dijo el monstruo ante el panto de tía Martha y tía Abby—, y éste es el doctor Einstein, y nos quedaremos a vivir aquí.

Se sentaron ante la mesa y se dispusieron a beber aquel "delicioso" vino preparado por las dos hermanas. Tía Martha cogió con angustia las dos copas de vino que se habían servido impidiéndoles así beber aquel brebaje que podía serles perjudicial.

Jonathan estaba empeñado en que Einstein le construyera un rostro nuevo para poder continuar la infernal profesión a la que estaba dedicado, y el pequeño doctor, domi-



—Soy vuestro sobrino Jonathan...



—¡La Martha cogió con angustia las dos copas de vino...

nado por la mirada terror de los ojos del monstruo, le dijo, sometiénndose a su voluntad:

—Cortaré por aquí y te lo pegaré; te dejaré una cara nueva; nadie te reconocerá.

—Lo principal es deshacernos, por el momento, del cadáver que traemos en el coche. Tú lo entrarás por la ventana y yo lo esconderé en el arcón—dijo Jonathan con un aire siniestro, mientras el doctor Einstein trataba de calmarle.

Las cosas se complicaban cada vez más. Ahora ya eran dos cadáveres los que había que enterrar y Teddy tendría

que cavar dos esclusas en un canal de Panamá. La noche se tornaba amedrentadora, pero todos aquellos seres se movían entre cadáveres como si estuvieran en un paraíso. Teddy cargó con el cadáver del viejecito al que las hermanas Brewster habían dado arsénico por compasión y lo bajaba a la bodega para enterrarlo; y mientras él efectuaba aquella operación Einstein entraba por la ventana el cadáver que ellos traían y Jonathan se apreturaba a encerrarlo en el arcón al escuchar el ruido de la puerta de la calle que se abrió y ver aparecer a Mortimer que volvía del Sanatorio con un aspecto lamentable, porque todos los acontecimientos de aquella noche nefasta le tenían en tal estado de ánimo que ya no sabía si el loco era él, su hermano Teddy,



—Cortaré por aquí y te lo pegaré...

sus tíos, Elena o el chofer del taxi que seguía esperando en la puerta de la casa.

Cuando vió ante sí al monstruo quiso abalanzarse sobre él; pero Jonathan sacó una navaja y le amenazó sin hacer caso de los consejos que le daba Einstein:

—Soy yo... Jonathan... tu hermanito querido—dijo, con los ojos desorbitados.

Mortimer pidió auxilio y se quedaba asombrado al ver a Teddy que, viniendo de la bodega y empujando su trompeta con la que escandalizaba a todo el vecindario, subía la escalera con aquel grito de "¡Caananur... guen!", con que se lanzaba, como si emprendiera el más feroz de los ata-



—Lo principal es deshacerse del cadáver que traemos en el coche.

ques, sin hacer caso ni de Jonathan ni de Einstein que le interceptaban el paso. A Teddy no le asustaban ni el monstruo ni el doctor.

Ante todo aquel incongruente estado de cosas llegaron el director de "El Valle Falso" y los dos guardias de turno. El director se enfrentó con Teddy, que sostenía con arrogancia que era Teodoro Roosevelt, que se había declarado la fiebre amarilla en el Canal y que tenía que enterrar todos los cadáveres de los atacados del terrible mal. Mortimer quería evitar que los guardias hicieran una inspección en la bodega para que no se encontraran con los doce cadáveres de los viejecitos asesinados con arsénico por sus dulces tíos. El director se dirigió a unos y a otros en la



—Soy yo... Jonathan... tu hermanito querido...



A Teddy no le gustaban ni el monstruo ni el doctor.

más completa exaltación. Allí ya nadie sabía quién era el verdadero loco. Entraban unos, saltan otros, bajaban las tías, subía Teddy, llegaba Elena y Mortimer se veía rodeado por aquellas tres mujeres a las que debía defender de la policía, del monstruo, de la acusación de los crímenes, de todo y de todos; y entretanto Elena le acotaba a preguntas como si él estuviera en disposición de contestarlas.

—Mira, Elena, no me hagas preguntas ahora... Ya te las contestaré todas después...

Mortimer quería huir para ir en busca de nuevos auxilios, pero el monstruo no deponía su actitud amenazadora



El director del "Valle Falso" se enfrentó con Teddy...

y no le dejaba salir. El terror se había apoderado de Elena. ¡Qué noche de bodas tan extraordinaria!

Al fin consiguió Mortimer calmar un poco los ánimos y lograr que todos fueran a descansar a sus respectivas habitaciones, quedando él solo en el comedor, donde se paseó con un suspiro de alivio. Pero pronto tuvo ante él al doctor Einstein que con mucho sigilo le aconsejaba que se fuera, que estaba amenazado de muerte por aquel loco de Jonathan, que llevaba ya asesinados a doce individuos y que, queriendo sobrepasar el número de asesinados por las tías, quería una nueva víctima, la número trece; y esa víctima era él.



Allí ya nadie sabía quién era el verdadero loco...

Pero como Mortimer no quiso escucharle comenzó a contarle una comedia que había visto una vez en la que el protagonista era un estúpido que no quería escuchar las advertencias de peligro que se le hacían, que no quería volver la cabeza cuando se le indicaba, que el asesino estaba a su espalda; y no sólo esto, sino que se sentaba tranquilamente en una silla, en la actitud más adecuada para que...

...para que, como el protagonista de la comedia, diera tiempo Mortimer a que el monstruo y el doctor le amordasaran y pusiera fuertes ligaduras mientras preparaban todo el instrumental para el martirio.



El vector se había apoderado de Elena...

Los policías llegaron a tiempo para evitar el crimen, pero los dos hermanos seguían peleando y riendo encarnizadamente. Ni los mismos policías lograban contenerlos. Mortimer, atado a la silla y con su mordaza increpaba a Jonathan con gritos incoherentes, mientras él continuaba en su actitud terrible, amenazadora, espantosa. Tanto se enmarañó la discusión que los guardias tomaron parte en ella, y Teddy, y el director y el médico del sanatorio, y allí comenzó el reperto de puñetazos y caídas, de golpes y porrazos dados a mansalva, cayetan sobre quien cuyesen, sin fijarse en nada más que en la exaltación del momento.

Hubo un momento en que Mortimer se dejó caer en la escalera, cansado de pelear, y dió unas cuantos consejos al policía más joven, autor de comedias, que se empeñaba en contarle el argumento de cada una de las que llevaba en elaboración en su cerebro, mientras los otros continuaban en la lucha a la que se habían entregado con verdadera fruición de profesionales.



...preparaban todo el instrumental para el martirio...

Cuando aquel tumulto se calmó las tías quisieron explicar a los policías que abajo, en el sótano, había doce cadáveres, es decir, trece, aunque para ellas sólo contaban doce, porque doce eran los que habían bebido de su vino; el número trece no podían adivinar de dónde había salido.

Mortimer se empeñaba en no dejarlas hablar, y complicaba más las cosas afirmando que toda la casa estaba llena de cadáveres: los de las tías abajo; los suyos en el desván; los de Jonathan en el arcón; es decir, toda la casa era un verdadero cementerio, porque llevaban hecha una apuesta entre toda la familia para ver cuál de ellos conseguía una colección más completa de cadáveres.



Si los mismos policías lograban contenerlos...

• • •

El director de "El Valde Feliz" pensó que lo mejor sería llevarse al sanatorio a toda aquella familia ya que, a su juicio, todos habían perdido por completo el idem.



...cansado de pelear, dió unos cuantos consejos al policía...

Había que firmar únicamente un documento para el ingreso de los enfermos, y como el que parecía más cuerdo era Mortimer, le hicieron firmar a él. Mortimer firmó con su nombre y apellido: Mortimer Brewster; pero las tías, al ver aquel nombre, aseguraron que la firma no era válida, porque en realidad Mortimer no se llamaba así, ya que era hijo de una cocinera que ellas habían tenido y el cocinero de un barco que había recalado unas horas en el puerto... las horas precisas para que viniera al mundo aquel primo de chiquillo que era Mortimer cuando era chiquito.

Al escuchar aquella confesión, Mortimer creyó volverse loco de verdad: ¡No era un Brewster! ¡No era de una

familia de locos! ¡Era nada más que el hijo del cocinero de un barco! Salíó en busca de Elena para comunicárselo; pero Elena subía del sótano con la cara llena de terror: había visto los trece cadáveres y sus ojos estaban desorbitados.

—Era verdad, Mortimer, era verdad... Hay trece... ¡trece!... ¡Trece!

Mortimer le selló los labios con un beso, sin dejarla hablar para que los policías no se enteraran; pero ya Jonathan confesó que era él quien había matado a trece personas, y no sus tías. El mismo Jonathan se descubrió y los guardias le apresaron.

—Los he visto yo. —balbució Elena, sin poder pronun-



...Jonathan confesó que él había matado a trece personas.

ciar bien sus palabras porque los labios de Mortimer tenían apesados los suyos.

Para que no pudiera seguir hablando la cogió en brazos sin dejarla de besar y salió escapado con ella.

Ya en la calle la dejó en el suelo, la abrazó más dulcemente y le dio un beso largo, tranquilo, cosagado, dulcísimo, mientras el chofer del taxi se derretía contemplando todas aquellas mieles.

Mortimer, perdido en el paraiso de su felicidad, dijo al hombre:

—Búscueme un taxi, amor mío...

El taxista, despietado por tantas horas de espera y por

toda lo que acababa de ver, pasó a otro taxi y abrió la portezuela a los dos desposados, que se metieron en él y se alejaron rápidamente.

Fue en aquel momento cuando se dió cuenta de la tontería que había hecho; de que su taxi estaba allí, marcando una considerable cifra de dólares que ya no vería más. Se rascó la cabeza y murmuró:

—Yo no soy un taxista... ¡soy una cafetera! ¡Ah... pero es tan deliciosa una noche de novios!

Y se apoyó románticamente en su coche, viendo como el otro taxi se llevaba lejos al amor...

FIN

NUMEROS PUBLICADOS

El signo del Zorro, por Tyro-
ne Power.

El libro de la selva, por Sabú
¡Qué verde era mi valle! por
Walter Pidgeon.

El hijo de Montecristo, por
Louis Hayward, Joan Bennett
y George Sanders.

El capitán Cautela, por Vic-
tor Mature, Bruce Cabbott y
Leo Carrillo.

Estudiantes en Oxford, por
Stan Laurel y Oliver Hardy.

Cumbres borrascosas, por
Lawrence Olivier, Merle Obe-
ron y David Niven.

La jungla en armas, por Gary
Cooper y David Niven.

El ladrón de Bagdad, por Sabú
Marinos a la fuerza, por Stan
Laurel y Oliver Hardy.

Esmeralda, la zingara, por
Charles Laughton y Maureen
O'Hara.

Tarzán y la Diosa, por Her-
man Brix.

La quimera del oro, por Char-
lot.

Hace un millón de años, por
V. Mature, Carole Landis
Lon Chaney, Jr.

El alegre bandolero, por Nino
Martini, Ida Lupino, Leo Ca-
rrillo.

Texas, por William Holden,
Claire Trevor.

El hijo de la furia, por Tyro-
ne Power, Gene Tierney, etc.

La tía de Carlos, por Jack
Benny, Kay Francis, James
Ellison, etc.

Sendas siniestras, por Ran-
dolph Scott, Kay Francis,
Brian Donlevy, etc.

¡Qué par de locos!, por Stan
Laurel y Oliver Hardy.

Guadalcanal, por Preston
Foster y Lloyd Nolan.

Jack, el destripador, por Mer-
le Oberon, George Sanders y
Laird Cregar.

Precio 1 pta.

Ciudad de conquista, por James
Cagney y Ann Sheridan

El cielo y tu, por Bette Davis y
Charles Boyer

Mi reputación, por Bárbara Stan-
wyck, George Brent, etc.

Arsénico por compasión, por
Cary Grant

Precio 1'50 ptas.

Tres grandes éxitos Warner Bros en EDICIONES ESPECIALES

Casablanca · Oro, amor y sangre - En breve: El último refugio y Vuelta al abismo

Precio: 3 ptas.



